

todos los judíos que había en Orleans, que eran muchos y muy ricos, fueron arrojados de la ciudad.—Corrió por todo el reino, y aun por todo el mundo, la noticia de su infame y execrable maldad; lo que obligó á los príncipes cristianos á tomar la resolución unánime de espulsarlos enteramente de sus dominios. Manifestóse al mismo tiempo el odio público en todas las regiones (1010). Echáronlos de las ciudades, persiguieronlos en los campos como animales dañinos, fueron ahogados algunos de ellos, y perecieron muchos mas con el hierro y con otros géneros de tormentos; suicidáronse otros por desesperacion, y hubo varios que pidieron el bautismo para librarse de la muerte; por manera que apenas volvieron á verse algunos en toda la estension de la cristiandad por espacio de cinco años consecutivos.

Disminuyóse entonces el ardor por vengar un crimen habiéndose sabido su reparacion. La madre del destructor de la iglesia del Santo Sepulcro, fué la que se mostró mas activa para reedificarla (1). Esta señora era cristiana, y tuvo la satisfaccion de ver que coadyuvaron á sus designios una multitud de fieles de todas las naciones, quienes no solo dieron dinero, sino que corrieron personalmente á Jerusalem á trabajar en la obra. No se opuso su hijo á este pensamiento, porque, segun los historiadores árabes (2), era un príncipe inconstante en sus resoluciones é inconsecuente en toda su conducta, añadiendo á estos defectos la mas impia crueldad y un genio tan raro que rayaba en extravagancia. Persiguió á los cristianos y á los judíos, demolió las iglesias y las sinagogas, y le reputaron por el Neron del Oriente. Despues de haber hecho apostatar á algunos pueblos, les permiti-

(1) *Bibl. Orient. Moez.*

(2) *Elmac. pag. 259.*

tió abrazar otra vez su religion y restablecer todos sus monumentos. Quiso que le adorasen, á ejemplo de Calígula, y formó una lista de los que le reconocian por criador del universo. Imposible parece que llegase á quince mil el número de estos hombres, como afirman, si no fuese cierto de que no hay error ó absurdo que no sea capaz de tener sectarios. Un persa llamado Dárari fué el gefe de esta impostura, el que aumentó despues mucho el número de sus prosélitos. Irritóse por fin el pueblo contra él en tales términos, que le quitó la vida en la misma carroza del califa. Su sucesor se llamó Hamsa, el cual predicando una moral análoga á sus dogmas, no prohibia á sus sectarios casarse con sus hermanas, con sus hijas y con sus madres, dispensádoles de todo ejercicio de religion. Sus discípulos fueron muchos, y puso doctores en Siria, en Arabia y en las diferentes regiones de Africa; esto es, en todos los dominios de los califas fatimitas, que se estendian, fuera de Egipto, por todos estos paises.

Haquem, su dios y su apoyo, era el tercer califa que creian ellos descendiente de Fatima, hija de Mahoma. Habiendo unido su abuelo Moez la conquista del Egipto al Africa que habia heredado de su padre, añadió tambien á su título de mahadi ó director de los fieles el de califa ó gefe de la religion, y desde entonces ordenó que hiciesen á nombre suyo la oracion que se hacia en el del califa abasida que residia en Bagdad, lo que ocasionó un cisma que duró cerca de doseientos años, pues una parte de los musulmanes se declaró á favor del califa abasida, y otra al del califa fatimita. Edificó este príncipe por entonces la ciudad del Cairo, llamada en árabe Al-Caira, esto es, la victoriosa, y la dió todo el esplendor que correspondia á este título y al de capital de sus vastos dominios, que su hijo Aziz estendió despues hasta lo in-

terior del Asia. Mas su nieto, el insensato Haquem, mandó abrasar una parte considerable de esta ciudad, y pasar á cuchillo á muchos habitantes de ella. Por último, éste príncipe fué asesinado á los treinta y seis años de edad por orden de su hermana, segun se cree (1012).

Algun tiempo despues de la ruina del Santo Sepulcro, recibió tambien el Papa Sergio IV la triste noticia de que los piratas dinamarqueses habian asaltado la ciudad de Cantorberi en Inglaterra, llevándolo todo á sangre y fuego, sin perdonar á las mugeres y á los niños. Ocupaba entonces esta silla San Elfegio, que habia sido trasladado á ella (1006) desde la de Winchester, donde se habia hecho célebre con sus virtudes (1). Acostumbrado en su juventud á las austeridades monásticas, y habiendo sido despues abad del monasterio de Bath, fundado por él mismo, conservó en la Silla episcopal todo su espíritu de abnegacion y de penitencia. Levantábase á media noche durante los mas crudos frios del invierno, y salia á hacer oracion al aire libre, con los pies descalzos y cubierto el cuerpo con una túnica ligera. Su caridad era tan vigilante y liberal, que desterró del todo la mendicidad en su diócesis, y ningun pobre estrangero salia de ella con las manos vacías. Este fué el sucesor en la silla de Cantorberi el piadoso y sábio Alfrico, célebre por la traduccion de algunos libros de la Escritura en lengua sajona ó inglesa, y contado del mismo modo que Elfegio en el número de los Santos.

San Elfegio huyó de las manos de sus monges que le detenian en la iglesia, en medio del saqueo de la ciudad y de todo el horror de la carnicería (1012), y mezclándose entre los moribundos y los facinerosos,

(1) *Act. Bened. pag. 115, saec. VI; Bolland. die 10. Apr.*

esclamó diciendo á estos: «perdonad á esas victimas débiles é inocentes, y avergonzaos de sacrificarlas sin causa. Convertid vuestra ira contra mí, que he sacado tantos cautivos de vuestras manos, y os he dado en rostro tantas veces con vuestras iniquidades.» Arrojárónse sobre él al oír esto, le maltrataron del modo mas inhumano, y le apretaron la garganta para impedir que continuase hablándoles. Encerráronle despues en una estrecha prision, teniéndole en ella siete meses, durante los cuales sufrieron sus tropas una enfermedad agudísima; de suerte, que en muy poco tiempo murieron dos mil hombres con horribles dolores en las entrañas. Los cristianos que tenian algun trato con aquellos bárbaros, les dieron á entender que aquel azote era un castigo de Dios, con cuyo motivo corrieron á pedir perdon al arzobispo, y le pusieron en libertad, haciendo con él grandes demostraciones de veneracion y respeto. «Debemos imitar, les dijo, el ejemplo del Salvador, que levantó á los emisarios de sus tiranos despues de haberlos echado en tierra.» Pronunciando estas palabras bendijo una porcion de pan, les dió á comer de él, y curó así á todos los que padecian. En el primer ímpetu de su gratitud le enviaron cuatro de sus gefes para darle gracias en nombre de todos los demas.

Pero volviendo á enardecer la sed del oro el alma de aquellos saqueadores, le pidieron grandes cantidades de dinero. El santo pastor, que hacia mejor uso de él, se le negó animosamente, y ellos le ataron otra vez, le dieron un tormento cruel el dia de Pascua 15 de abril de 1012 y luego le metieron en la cárcel. Sacáronle de ella el sábado siguiente, y le dijeron: «Entrégnos hoy mismo lo que te hemos pedido, si no quieres morir en este instante;» y como les pintase los terribles juicios de Dios, y los horribles extravios en que el culto de sus



falsas divinidades los precipitaba, se abalanzaron contra él llenos de furor, le hirieron brutalmente con todo lo que hallaron á mano, y le dejaron allí medio muerto. En fin, uno de aquellos dinamarqueses á quienes habia confirmado el dia anterior, movido de una compasion digna de un monstruo, y deseando dar fin á sus tormentos, le sacudió un hachazo en la cabeza con cuyo golpe espiró al punto. La Iglesia le honra como mártir el mismo dia de su muerte, que fué el 19 de abril.

A mediados del año 1012 murió el Papa Sergio, sucediéndole con el nombre de Benedicto VIII el obispo de Porto, el dia 6 de julio. Algunos romanos se declararon por un hombre atrevido llamado Gregorio, y formaron un partido tan poderoso, que Benedicto, no juzgándose seguro en Roma, se refugió al lado del rey Enrique II, que celebraba la fiesta de Navidad en Polden, ciudad de Sajonia. Presentóse el Papa con todo el aparato de su dignidad, y demostró de un modo patético, en presencia de todos, las muchas indignidades que habia sufrido. El santo rey penetrado de dolor y de indignacion hubiera corrido al punto á vengar los ultrajes cometidos contra el Vicario de Jesucristo si los intereses de la Religion no le obligaran á permanecer todavia algun tiempo en Alemania.

Los esclavones habian apostatado y se abandonaban á los desórdenes mas espantosos en la Sajonia baja. La muerte de San Libencio ó Lievizo, acaecida en estas circunstancias, se reputó como una nueva calamidad, pues por ella vacaba la Silla metropolitana de Bremen y Hamburgo, cuando mas importaba sentar en ella un prelado que siguiese las huellas de su predecesor. En la noche antes de morir dirigió el santo arzobispo á su clero una exhortacion patética y acomodada á las circunstancias en que se hallaban con motivo de la divi-

sion de la Iglesia romana. «Hijos míos, les dijo, aprended de mí á no desconfiar jamás de la bondad de Dios. Yo he servido al Papa Benedicto, refugiado en este pais, por mas que han trabajado para apartarme de su obediencia (1). Le he sido fiel mientras he vivido, y despues he sido elegido por prelado vuestro, como habeis visto, aunque indigno de esta distincion.» Es claro que hablaba de Benedicto V, depuesto en tiempo de Othon I, y conducido á Hamburgo donde murió. Pero hablando asi de este Pontífice daba bien á entender que no le miraba como realmente depuesto por el conciliábulo de Othon y de Leon VIII, sino que antes bien el santo arzobispo habia reconocido siempre á Benedicto por legitimo sucesor de Juan XII. En la *Crónica* de Sigeberto de Gemblours se lee que todos los que habian sido ordenados por Leon fueron tratados como si no hubieran recibido orden alguna y volvieron al estado en que estaban antes de esta ordenacion. Luego Leon VIII fué usurpador ó intruso, mientras vivieron los Papas Juan XII y Benedicto V; y aun muchos le borran de la lista ó catálogo de los romanos Pontífices, porque no admiten la dimision de este último. Mas sea lo que fuere de este hecho á que aludia Leivizo, continuó este en los siguientes términos: «Perdonémonos con gusto todas las faltas que hemos cometido unos contra otros; y si teneis alguna confianza en mis consejos, elegid para el gobierno de nuestra iglesia á vuestro colega Othon, y pedid á Dios que esta vuestra eleccion merezca el beneplácito del rey.» Eligieron en efecto á Othon; pero el rey no quiso consentir en ello, y presentó á su capellan Unvano, al que admitieron sin dificultad los diputados de la iglesia vacante, dándole el palio el Papa Benedicto VIII. No solo era recomendable Unvano por su nacimiento,

(1) Adam. lib. 2.

sino tambien por el santo uso que hacia de sus grandes riquezas. Era no menos afable que caritativo, y tenia un carácter y unos modales que le grangearon el amor de todos. El deplorable estado de su diócesis y de los paises circunvecinos, ofreció un campo muy vasto á su liberalidad (1015).

Trataron á los esclavones con tanta dureza el duque Bernardo en la Sajonia alta, y el marqués Teodorico en la baja, que aquellos pueblos, poco instruidos aun y débiles en la fé, sacudieron al propio tiempo el yugo del imperio y el de la Iglesia. En los primeros movimientos de su desesperacion recorrieron armados de hierro y fuego todo el pais que está al Norte del Elba; abrasaron y demolieron todas las iglesias; despojaron de la vida con todo género de suplicios á los sacerdotes y á los demas ministros de la Religion; y en fin, destruyeron al otro lado del rio hasta el último vestigio de cristianismo. En Hamburgo hicieron cautivos á muchos, así del clero como de los demas habitantes, y á los restantes, que eran muchos mas, los pasaron á cuchillo en odio del nombre cristiano. En Aldimburgo, que era una de las ciudades de aquel pais, donde eran mas numerosos los fieles, los degollaron como animales encerrados en una carnicería, á escepcion de sesenta eclesiásticos que reservaron para ejercitar con ellos mas lentamente su crueldad. Les cortaron en cruz la piel de la cabeza, les abrieron el cráneo, de suerte que se les veian los sesos, y atándoles despues las manos á la espalda, los pasearon por todas sus villas y lugares sin cesar de atormentarlos, hasta que exhalaron el último aliento. Los autores contemporáneos añaden que podria escribirse una larga historia, si se hubieran de referir los tormentos que sufrieron todos los mártires inmolados por los esclavones en esta horrible sublevacion. Así desertaron del cristianismo aquellos bárbaros que habitaban entre

el Elba y el Oder, despues de haberle profesado mas de setenta años, esto es, durante los reinados de los tres Othones, porque hasta despues de la muerte del último de estos principes no recurrieron á las armas para recobrar su libertad, aprovechándose de las dificultades suscitadas á causa de la sucesion.

Luego que el rey Enrique tomó las providencias mas eficaces para contener los desórdenes de la rebelion, trató con el mayor empeño de restablecer al Gefe de la Iglesia en el goce de todos sus derechos. Y habiendo bastado su llegada á Italia para tranquilizarlo todo, no tuvo dificultad el Papa en presentarse en Roma mientras aquel príncipe arreglaba en Pavia los asuntos de Lombardia. Pasó el rey poco despues á la capital del mundo cristiano, y el dia 14 de febrero (1014), fiesta de la Cátedra de San Pedro, fué á la iglesia del Santo Apóstol para ser coronado emperador. Iba con la corona Real en la cabeza, acompañado de la reina Cunegunda su esposa, y rodeado de doce senadores, seis afeitados á la romana, y los otros seis con largos bigotes á la francesa y con baston en la mano. El Papa le aguardaba á la puerta de la iglesia, y antes de introducirle en ella le preguntó si queria ser el protector de la Santa Sede, y mostrarse fiel en todo á los Vicarios de Jesucristo. Habiendo respondido el rey que lo prometia, tomó el Papa la corona que llevaba antes Enrique, y se puso colgada delante del altar de San Pedro, le consagró, y en seguida le coronó emperador con la reina su esposa. Hecho esto, le presentó una manzana de oro en que habia una cruz del mismo metal, y adornada con dos órdenes de piedras preciosas puestas en forma de cruz. Queríanse representar con ella la concordia del imperio con la Religion y el resplandor de las virtudes necesarias para conservarla. Entendió el emperador la sig-



nificación de este presente simbólico, y dijo al recibirle: «Queréis enseñarme, Padre Santo, cómo debo gobernar mis Estados; pero este globo no conviene perfectamente sino á los que han renunciado las pompas del mundo para seguir más religiosamente la cruz.» Aludía con estas piadosas palabras á los piadosos solitarios de Cluny, cuyo monasterio tenía la reputación de ser el más exacto en la observancia de la regularidad entre todos los del mundo, y á él destinó desde entonces aquel regalo honorífico. «Parece muy razonable y muy bien fundado, dice Glaber, que refiere esta circunstancia, que á fin de conservar la paz, ningún príncipe tome el título de emperador, sino aquel á quien el Papa haya elegido por su mérito y dádole el distintivo de esta dignidad.» De hecho, y sin entrar á examinar si en 996 arregló Gregorio V en un Concilio, cuyas actas no han llegado hasta nuestros días, el modo con que en lo sucesivo sería elegido el emperador, ello es constante que el título de emperador, transmitido sucesivamente de Othon I á su hijo y á su nieto, sin dificultad, en virtud de la concesión real ó supuesta de Leon VIII, no ha sido concedido sino al príncipe elegido en la forma regular y consagrada ó confirmado por el Papa. Inmediatamente después de Othon III, San Enrique, elegido rey de Germania en 1002, no tuvo el título y las insignias de emperador hasta el año 1014 y lo mismo se verá con su sucesor Conrado.

Concluida la coronación dió el Papa una gran comida al emperador y á la emperatriz. Estando platicando este príncipe con los sacerdotes de la Iglesia romana, les preguntó por qué no cantaban el símbolo después del Evangelio, como se practicaba en las demás iglesias; á lo que contestaron, que no habiendo caído la Iglesia de Roma en ninguna herejía, no tenía necesidad de declarar su fé por medio de esta confesión so-

lemne. El emperador, sin contradecir este motivo, consiguió del Papa Benedicto que en lo sucesivo se cantase el símbolo en la misa los días festivos. Logró también de él antes de salir de Italia, que consintiese en la erección del obispado de Bobio, que parecía necesaria á los obispos de la provincia, y que él fundó con gran liberalidad.

Hecho esto, tomó el camino de Alemania, dirigiéndose por Francia, donde quería ofrecer por sí mismo sus regalos en Cluny y volver á ver al santo abad Odilon, á quien veneraba mucho profesándole una amistad verdadera. Había sucedido Odilon en el año 994 á San Mayeul, cuyo coadjutor había sido cuatro ó cinco años antes. Había sido hecho recomendable Mayeul con los reyes y con los varios príncipes de Francia, quienes le movieron á restablecer la regularidad monástica en sus Estados; y se concilió además de tal modo el aprecio de Othon el Grande, que este príncipe puso á su cargo todos los monasterios Reales de Italia y Alemania. Conformóse Odilon con las miras de su predecesor en todas estas ocupaciones, sostuvo su crédito y consiguió el mismo favor de estos soberanos (1). Mas entre todas estas personas augustas se puede decir que el santo emperador Enrique fué principalmente el amigo y protector de Odilon, visitándole con la mayor frecuencia que podía y llevándole algunas veces á su corte. En la visita que le hizo después de haber sido coronado emperador, puso en el tesoro de la iglesia de Cluny el globo de oro que acababa de recibir del Papa, el manto imperial, la corona, el cetro y un Crucifijo, todo de oro, cuyas alhajas eran de peso de cien libras. A esto añadió un terreno considerable de la Alsacia, encomendándose eficazmente á las oraciones de los religiosos; y juzgando obtener un favor de mucho pre-

(1) *Vit. Act. Bened. Saec. V.*

cio por haber sido asociado á aquella santa comunidad (1).

El emperador tenía en su compañía al santo obispo Meinverco, cuya modesta virtud había conocido en medio del tropel de los cortesanos y por ello le había elevado á la silla de Paderborn (2). Meinverco, pariente del último emperador que le había nombrado capellan suyo, gozaba de unos bienes de fortuna proporcionados á su ilustre nacimiento; y si aceptó aquella silla, que hasta entonces no había sido muy rica, fué con el objeto de hacerla una de las más poderosas de Alemania, así por los grandes donativos que la hizo como por su inclinación á una noble economía. Cuando tomó posesión de ella reedificó magníficamente la catedral, arruinada por los bárbaros. Sin embargo, los cuidados temporales eran los que menos ocupaban su actividad. Era tal la vigilancia con que visitaba su diócesis, que algunas veces iba solo y disfrazado de mercader, de iglesia en iglesia, á fin de averiguar mejor su estado. Los estudios le merecieron mucha atención; tanto que logró que la escuela de Paderborn fuese una de las más florecientes de aquel siglo, así en las artes liberales como en la poesía, en la historia, en el arte de escribir y aun en la pintura. Apreciaba tanto el instituto y regularidad de Cluny que pidió á San Odilon algunos religiosos para fundar un monasterio cerca de Paderborn. Hizo llevar, con la regla y los libros del canto, el peso del pan y la medida del vino, y luego que llegó fundó en honor de San Benito una capilla que, mediante la beneficencia del emperador que le secundó, se convirtió en una célebre abadía.

Al salir de Francia pasó Enrique al monasterio de la nueva Corbia, situado en Sajonia en la diócesis de Paderborn; mas aque-

lla famosa cuna de la vida regular en Germania no tenía ya nada de su antigua regularidad (1). La vida relajada de unos monjes tan diferentes de sus padres estimuló el celo del emperador y trató de reformarlos. Parecía que la inveterada costumbre de vivir en medio de los vicios, era un título legítimo para no desprenderse de ellos; y así se resistieron con tanta arrogancia que fué necesario encarcelar á diez y seis de los más revoltosos. Meinverco, su obispo diocesano, quiso después celebrar allí el Santo Sacrificio, y el sacristán tuvo la osadía de negarle los ornamentos; y el obispo, en lugar de castigarle como merecía, se limitó á hacerle entender y confesar el desacato que había cometido; y luego, no pudiendo conseguir de aquel orgulloso la más pequeña reparación, se contentó con citarle ante el tribunal Dios. El abad Valon, autor de la relajación y del tumulto, fué depuesto canónicamente y se puso en su lugar al monge Drutmaro, de la abadía de Lorescheim; lo que disgustó tanto á los monjes de Corbia, que todos ellos, á escepción de nueve, tomaron el partido de retirarse; bien que después volvieron muchos y se sujetaron á la reforma.

Era tal la estimación que merecía la vida monástica al religioso emperador, que quiso renunciar el trono para profesarla. Entre los dignos solitarios con quienes se ocupaba en tratar frecuentemente, llegó á ser íntimo amigo suyo y tener mucha familiaridad con él el beato Ricardo, abad de San Vannes de Verdun (2). Principió á conocerle el emperador por medio del conde Federico, pariente de Ricardo, á cuyo ejemplo este señor renunció el mundo, llegando al más alto grado de abnegación y de hu-

(1) *Chron. Sax.*

(2) *Mirac. B. Rich. num. 8. Act. Bened. saec. VI, p. 533.*